

ALFAGUARA



Javier Marías

Tiempos ridículos

Índice

<i>Nota del editor</i>	11
Isabel monta a Fernando	13
El Compasivo y las italianas	17
La plaga de la impunidad	21
Dos postdatas	24
Un tarareo de despedida	28
Estaré con el mundo hasta que éste muera	32
Época de soplones y policías	36
Empalago y sospecha	40
Perjuicios de la vida transparente	44
Un gran dúo cómico	48
Inmovilizados de pavor	52
Un sondeo personal	56
Una minoría caballerosa y conforme	60
Un chamán de feria	64
Esas opiniones tan raudas	68
Bulla, bulla	72
Rechistar	76
La historia doblemente increíble	80
Recuerden que no somos máquinas	84
Cortar el revésino	88
¿Por qué quieren ser políticos?	92
Olympia Carrera de Luxe	96
Las cegueras voluntarias	100
Tacañería y tosquedad y pereza	104
Quién será el enemigo	108
Excomuniones de quita y pon	112

Hasta que se agoten las lágrimas	116
Iconoclastas a hurtadillas	120
El fin de un idilio	124
Noventa y nueve patadas y media	128
El lento y rápido viaje de los abrigos	132
La perversión de viejos	135
Ojo, no tenemos otras	139
¿Qué me están comprando?	143
En el infierno nos veríamos	147
En busca de la infelicidad permanente	151
Un pequeño esfuerzo de imaginación	155
Aspavientos de virtud	159
Apesadumbrados alivios	162
Adolescentes como bisabuelos	166
Un borde bastante ancho	169
¿Gente tenebrosa, esquinada?	172
Superculpable	176
El horror narrativo	180
Quién quiere reputación	183
La esfinge asiria	187
El senyor Martí i el seu pare	191
De cómo M y F me han quitado del fútbol	195
Conque congresos, ¿eh?	198
Escuela de inmisericordes	202
Bailando encima de las mesas	206
Anónimos y pseudónimos	210
En el lodazal	214
Pobre perdona a rico	218
Quizá no tan pasada de moda	222
Cosas que nos sobresaltarán	226
Lo que le falta al genio	230
Cuando una ciudad se pierde	234
¿Quién demonios sacará un euro?	238
Lo que ya no se tendría que escribir	242
Tiempos ridículos	246

¿A qué tanta ansia?	250
La dificultad de ser intachable	254
Cuidado con el tiempo pueril	258
Así que cada viernes peor	262
Esa miseria	266
¿Para qué servimos?	270
Alegremente maniatados	274
Historia de M	278
Maravillas de la crisis	282
Hojeando el periódico	285
Desmemoria y aire	288
¿Hay de qué extrañarse?	291
Las crueldades pequeñas	294
Un héroe de 1957	297
Adiós a una esperanza	300
Con los pies	303
«Hay que»	306
El conveniente regreso de Mr Jingle	309
La imaginación, recortada	312
Suicidas en los balcones	315
Así nos dure veinte años	318
Racionalizar a las autoridades	321
¿Nadie piensa?	324
Quien tuvo retiene	327
Tanto compartir...	330
Cuando sólo se sabe agravar	334
El fin de todo secreto	338
No me creo que seáis unos cielos	341
Llamada a la delincuencia	344
Los que mandan	348
El señor Benet regresa un rato	351
Mi anciano ídolo	355
Más idiotas de lo que parecen	358
Contra el contagio universal	361
Piel de rinoceronte o desdén	364

Nota del editor

Este libro recoge los artículos publicados por Javier Marías en el suplemento dominical *El País Semanal* entre el 13 de febrero de 2011 y el 3 de febrero de 2013; en suma, un total de noventa y seis piezas que corresponden a dos años de labor columnística.

Como ya es costumbre con las recopilaciones de sus textos periodísticos, Marías ha elegido como título para este volumen el de uno de los artículos que lo componen, «Tiempos ridículos», una reflexión sagaz a raíz del ya famoso viaje del Rey a Botsuana, que sin embargo trasciende la anécdota y le sirve al autor para plantearse las razones de los males que acechan a las personas en esta época nuestra tan enloquecida y angustiada y el contagio generalizado de dichos males, con la consiguiente merma de sensatez a la hora de abordar las cuestiones que nos atañen como ciudadanos.

La colección que el lector tiene en sus manos presenta, por así decir, dos peculiaridades de índole muy diferente: si por un lado celebra un aniversario, pues con el artículo que la cierra, «Piel de rinoceronte o desdén», Javier Marías cumple diez años de colaboración semanal en *EPS* —años a los que, como él mismo recuerda en la pieza, se suman los ocho en que escribió en otro suplemento también todos los domingos—, por otro los artículos se corresponden al periodo más duro y difícil de la crisis económica que padece nuestro país. Marías, como intelectual comprometido que es, trata una y otra vez en sus columnas

los asuntos que más preocupación suscitan, casi sin desfallecer aunque en alguna ocasión hable de su impresión de «clamar en el desierto» ante los políticos y los poderosos que con sus hechos y omisiones suscitan la natural indignación de la gente corriente, impotente como el propio Javier Marías frente a sus muchos desmanes, que nuestro autor denuncia con ardor, sólidas argumentaciones y afán de justicia; con frecuencia sin hacerse ilusiones de que sus diatribas vayan a cambiar nada pero siempre con la noble actitud de «que por mí no quede».

No todas las semanas Marías aborda en sus artículos temas políticos y sociales. Con la ironía que le caracteriza y salpicados de bromas, el autor se ocupa también en ellos de asuntos tan dispares como lo dañino de lo políticamente correcto, sus objeciones a las nuevas normas de la *Ortografía* de la Real Academia Española (de la que, no lo olvidemos, él mismo es miembro), el recuerdo cariñoso al morir su tío el músico Odón Alonso, lo que supone ser zurdo en un mundo mayoritario de diestros, el fútbol y su cada día menos amado Real Madrid por culpa de Mourinho, el caso de Dominique Strauss-Kahn, los premios literarios, la odisea de poder adquirir una máquina de escribir en estos tiempos de ordenador, sus peripecias en una librería de Viena, libros, películas y series de televisión, la carta de un lector que lo conmovió hasta el punto de dedicarle una pieza entera («El senyor Martí i el seu pare»), los héroes de los tebeos de su infancia... Aunque sin duda, si tenemos en cuenta la grave crisis en la que estamos inmersos y conociendo el ya mencionado compromiso del autor, el lector habitual de Javier Marías advertirá que en estos *Tiempos ridículos*, en comparación con las recopilaciones anteriores de sus columnas, predomina de forma notoria la inevitable inquietud por el estado actual de las cosas en lo político y en lo social.

Isabel monta a Fernando

Con razón me considerarán un pesado, pero siempre aduciré en mi descargo la vieja excusa infantil: «Yo no he empezado». Si la realidad es insistente y pelma, además de con frecuencia imbécil, hay que salirle al paso una y otra vez, porque los que la manipulan son tan tenaces —parece que les sobre el tiempo, o que lo dediquen todo a una sola causa— que, en cuanto nos cansemos quienes les contestamos y dejemos de hacerlo, aquéllos impondrán sus memeces como una apisonadora. Leo en una columna de mi colega Pérez-Reverte que la Junta de Andalucía, a través de sus consejerías de Medio Ambiente, Presidencia, Igualdad y Hacienda —cuatro, nada menos, han de estar bien ociosas—, publica una guía de 71 páginas para propiciar «el conocimiento de la perspectiva ecofeminista y potenciar el lenguaje periodístico desde una perspectiva de género medioambiental». Al redactor o redactora de semejante galimatías habría que enviarlo de vuelta a la escuela, o, mejor, deportarlo. Bueno, ya pueden imaginar de qué va la guía, apenas distinta de las directrices que hace unos años soltó Comisiones Obreras y de las que proliferan aquí y allá: que no se diga «los alumnos» sino «el alumnado», ni «actor» sino «persona que actúa», ni siquiera «futbolistas», que termina en «as», sino «quienes juegan al fútbol». Ya lo saben los periodistas deportivos: en aras de las perspectivas «ecofeminista» y «de género medioambiental», nada de escribir «Los futbolistas del Barça», sino siempre, y machaconamente, «quie-

nes juegan al fútbol del Barça». Amenas crónicas íbamos a leer.

Pero lo mejor ya lo señalaba Pérez-Reverte (no me parece justo que no se enteren los lectores de *El País Semanal*). A partir de ahora, a la «infancia» andaluza se le escamoteará la famosa frase atribuida a la madre de Boabdil al perder éste Granada en 1492, ya se acuerdan: «No llores como mujer lo que no supiste defender como hombre». Aquella madre era una machista del copón, y no la disculpan ni la época en que vivió ni que por entonces las mujeres no guerrearán —salvo excepción— ni nada de nada. Así que se censura lo que la leyenda o la poesía popular dicen que dijo, y se sustituye por la siguiente frase, sosa e inexacta a más no poder: «No llores, pues no tienes motivos para ello». Hombre, motivos no le faltaban, acababa de perder su reino y lo habían largado al exilio, y con él a muchos de sus súbditos. Nada, la guía ni siquiera se ha preocupado de buscar un equivalente más sonoro y lucido: podían haber suprimido lo del hombre y la mujer y haberlo dejado al menos en «No llores ahora lo que no supiste defender». No sé, lo de «defender» algo les debe de haber resultado sospechoso a las cuatro consejerías, quizá poco medioambiental.

Si la cosa se limitara a Andalucía... No, señor, en las mismas fechas nos enteramos de que un editor estadounidense ha decidido reeditar *Huckleberry Finn*, de Mark Twain, sustituyendo la palabra despectiva «nigger», que los personajes del siglo XIX emplean, por «esclavo», y la más bien humorística «*injun*» (transcripción de una determinada pronunciación de «*indian*») por no sé bien qué, seguramente por «americano nativo», que es como ahora exige el espíritu censor que se denomine a comanches, siux, cheyenes y demás. Lo peor de todas estas iniciativas no es su ridiculez intrínseca, sino el ánimo que subyace

a ellas, y que no es otro que el de mentir, falsear, ocultar, tergiversar, adulterar y censurar el pasado, la historia y la literatura. Ya que el pasado no fue como debería haber sido ni como el presente que aspiramos a instaurar, vamos a falsificarlo sin más. Tiene gracia que alguien como Tarantino, en sus *Malditos bastardos*, se invente el ametrallamiento de Hitler a manos de un comando judío: es una ficción y todo el mundo sabe —o eso creo, aún— que las cosas no sucedieron así, que Hitler duró más de la cuenta y que le dio tiempo a exterminar a seis millones de judíos sin que ninguno de ellos pudiera soñar ni con tocarle un pelo. Pero si en los colegios se enseñara en serio lo que cuenta Tarantino en su farsa, supongo —supongo— que la gente pondría el grito en el cielo. Pues eso es, nada menos, lo que pretenden la Junta andaluza y el reciente editor de Twain, sin que se les mueva un músculo; es más, orgullosos de su falseamiento. El espíritu es el mismo de Stalin, quien, como es sabido, hacía eliminar de las fotos a los antiguos camaradas según iban cayendo en desgracia, y junto a él era raro que no se cayera en desgracia —es decir, se fuera a Siberia o al paredón— antes o después. «No me gusta que se me vea con quien fue leal amigo pero ahora es un traidor», pensaría Stalin; «alteremos el pasado, hagamos que el traidor nunca fuera otra cosa». De la misma manera, estos nuevos puritanos inquisitoriales son capaces de reescribir la historia y la literatura enteras: «No nos gusta que Lady Macbeth, una mujer, instigara a su marido a asesinar. Vamos a convertirla en la que intentó disuadir al muy criminal». «Lo de la evolución de las especies va contra la religión. Vamos a decir que Darwin es una leyenda urbana, que jamás existió.» «Es intolerable que Don Quijote tuviera escudero, menudo clasismo. Convirtamos a Sancho en otro hidalgo, para que se traten de igual a igual.» «Y eso de “Tanto monta, monta tanto, Isabel

como Fernando”, nada, ni hablar, no es igualitario porque todos sabemos que la lista era ella y hay discriminación a favor del varón. A partir de ahora, “Isabel monta a Fernando”, que es mucho más ecofeminista y de género medioambiental.»

13-II-11

El Compasivo y las italianas

Hacía veinte meses que no iba a Italia, ahora he pasado seis días repartidos entre Udine, Milán y Venecia; y aunque la gente allí sigue siendo en general grata y simpática —sin el desabrimiento y la mala leche que nos gastamos en España, como si la amabilidad y la buena fe nos parecieran debilidades—, nunca había percibido, en mis visitas a ese país, un grado de desesperación semejante. Cierro que uno trata con personas que, para empezar, leen libros, y que por lo tanto pertenecen a una minoría. Pero cuantas me han hablado —incluidos numerosos periodistas, algunos de medios berlusconianos— oscilaban entre el desistimiento ante la actual situación política («Lo peor es que no se ve salida») y una exasperación que afectaba a su razonamiento («No es descartable una guerra civil a medio plazo»). Cuando uno les preguntaba cómo era posible que sus conciudadanos no reaccionaran ante lo que ya es, a todas luces, una dictadura cada vez menos encubierta, no sabían responder, ellas mismas no acertaban a explicárselo.

En lo que sí se ponían de acuerdo era en considerar que Berlusconi posee un talento empresarial y propagandístico extraordinario, y que ya no cabe menospreciarlo ni como adversario ni como amenaza real y seria. En que, a través de sus televisiones y periódicos, de sus sobornos y escándalos, ha conseguido «anestesiarse» a buena parte de la población. Ha logrado convertirse en un espectáculo en sí mismo, en una permanente fuente de entretenimiento de

la que ya no quieren prescindir los italianos que se alimentan de *reality shows* y de sucesos sexuales. Tengo la impresión de que, cuantas más patéticas orgías seniles se le descubran, cuantos más episodios grotescos indignos hasta de las más bufas películas de Sordi, Gassman o Tognazzi, más beneficiado saldrá Berlusconi, porque los italianos no son puritanos y perdonan esas cosas —o las ríen y jalean, incluso si hay menores involucradas—, y porque además distraen de lo verdaderamente grave. Un chófer de edad avanzada, que me llevó de Venecia a Milán y vuelta (y que además resultó ser lector de Wittgenstein y de Bertrand Russell), defendió el comportamiento de su Primer Ministro con esta escueta frase: «Bueno, pero es que las jóvenes levantan el espíritu». También he visto en televisión cómo una señora de las que allí llaman «*per bene*», bien vestida, católica y aparentemente educada, sostenía con aplomo que no le cabía duda de que Berlusconi se limitaba a ayudar a muchachas con problemas porque era un hombre compasivo y bueno, sin que le llamara la atención que todas esas muchachas, casualmente, sean agraciadísimas cuando no directamente explosivas. Aún he de ver a alguna «beneficiada» por el Compasivo que sea fea, desastrosa o mayor de treinta y cinco años, porque estoy seguro de que habrá muchísimas así que necesiten tanta ayuda o más que las jóvenes bien parecidas. alguna de éstas, por ejemplo, cuenta con un novio más o menos narcotraficante, gente por lo general adinerada.

La inteligente periodista Concita de Gregorio, directora de *L'Unità*, me decía que en estos momentos, si había una salvación para Italia, habría de venir de las mujeres, o de una parte de ellas: son las únicas no anestesiadas y que conservan intacta su capacidad de indignación, y en estos días así lo he comprobado, en una limitada experiencia, desde luego. Pero lo cierto es que no he sentido en casi

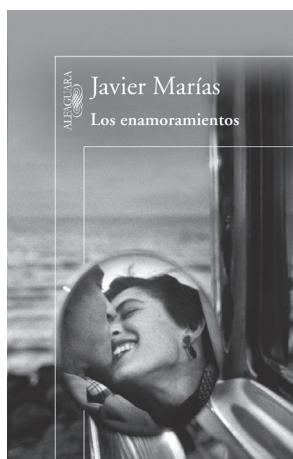
ningún varón la vehemencia, la cólera justa y la rebeldía que desprendían todas las mujeres con las que he hablado. Lo interesante es que ese asco y ese hartazgo de Berlusconi y de su aliado Bossi —también de la inoperante y sospechosa izquierda paquidérmica, que no parece del todo incómoda ante una situación de cuasi dictadura ultraderechista— no se debían sólo a una cuestión vagamente feminista, esto es, al desprecio de los gobernantes hacia la mujer y al machismo primitivo y ufano de que hacen gala. No, las italianas no pierden de vista lo verdaderamente anómalo y peligroso: la confección de las leyes a conveniencia del Compasivo, para que no deba ser enjuiciado ni condenado; los constantes ataques de éste a la independencia judicial, con calumnias a los fiscales que lo investigan, bien amplificadas por su monopolio mediático; su propensión a saltarse las decisiones del Parlamento que lo contrarían (pocas) y a hacer decretos; su indisimulada compra de votos en ese mismo Parlamento, cuyas actividades decide suspender durante unas semanas para no exponerse a un revés previsto; su demagogia burda y frenética; su impunidad; la connivencia de la Iglesia; su increíble desfachatez al presentarse como una víctima perseguida (el opresor que se finge oprimido); su censura; su tergiversación sistemática de la realidad; su racismo y su homofobia; su reivindicación de la brutalidad —en lo que Bossi no le va a la zaga—, es decir, su desdén por algo que no es agradable —la hipocresía— pero que siempre es mejor que el cinismo. Como escribí hace años y también opina Claudio Magris, la hipocresía, dentro de todo, implica una conciencia de lo que está mal y debe disimularse; es algo civilizado y supone el reconocimiento de ciertos valores, aunque se los violente a hurtadillas. El cinismo, en cambio, ni siquiera admite esto, es la expresión de la brutalidad en estado puro. Lo que Berlusconi y Bossi vienen

a decir es: «No hay nada malo en una dictadura *de facto*, ni en el machismo, ni en el racismo, ni en la acaparación de poderes y el fin de su separación, ni en la xenofobia, ni en el desprecio a las leyes y al Parlamento. Sean como nosotros, atrévanse, no hay nada malo en ello». Huelga recordar cuál es el mayor ejemplo histórico de reivindicación de esa brutalidad y voluntario «fuera máscaras». Sí, me lo han quitado de la punta de la lengua.

20-II-11

Sobre el autor

Javier Marías (Madrid, 1951) es autor de *Los dominios del lobo*, *Travesía del horizonte*, *El monarca del tiempo*, *El siglo*, *El hombre sentimental* (Premio Ennio Flaiano), *Todas las almas* (Premio Ciudad de Barcelona), *Corazón tan blanco* (Premio de la Crítica, Prix l'Oeil et la Lettre, IMPAC Dublin Literary Award), *Mañana en la batalla piensa en mí* (Premio Fastenrath, Premio Rómulo Gallegos, Prix Femina Étranger, Premio Mondello di Palermo), *Negra espalda del tiempo*, de los tres volúmenes de *Tu rostro mañana*: 1 *Fiebre y lanza* (Premio Salambó), 2 *Baile y sueño*, 3 *Veneno y sombra y adiós*, y de *Los enamoramientos* (Premio Qué Leer); de las semblanzas *Vidas escritas* y *Miramientos*; de relatos y de la antología *Cuentos únicos*; de sendos homenajes a Faulkner y Nabokov y de diecisiete colecciones de artículos y ensayos. En 1997 recibió el premio Nelly Sachs, en Dortmund; en 1998, el Premio Comunidad de Madrid; en 2000, los Premios Grinzane Cavour, en Turín, y Alberto Moravia, en Roma; en 2008 los Premios Alessio, en Turín, y José Donoso, en Chile; en 2010 The America Award en los Estados Unidos; en 2011 el Premio Nonino, en Udine, y el Premio de Literatura Europea de Austria; y, en 2012 el Premio Terenci Moix, todos ellos por el conjunto de su obra. Entre sus traducciones destaca *Tristram Shandy* (Premio Nacional de Traducción 1979). Fue profesor en la Universidad de Oxford y en la Complutense de Madrid. Sus obras se han publicado en cuarenta y tres lenguas y en cincuenta y dos países, con más de seis millones de ejemplares vendidos. Es miembro de la Real Academia Española.



LOS ENAMORAMIENTOS

Javier Marías

Un libro sobre el estado de enamoramiento,
que parece justificar todas las cosas.

«La última vez que vi a Miguel Desvern o Deverne fue también la última que lo vio su mujer, Luisa, lo cual no dejó de ser extraño y quizá injusto, ya que ella era eso, su mujer, y yo era en cambio una desconocida...»

Así comienza *Los enamoramientos*, la última novela de Javier Marías, consagrado como uno de los mejores novelistas contemporáneos. María Dolz, la narradora y protagonista, sólo supo su nombre «cuando apareció su foto en el periódico, apuñalado y medio descamisado y a punto de convertirse en un muerto: lo último de lo que se debió de dar cuenta fue de que lo acuchillaban por confusión y sin causa».

Con una prosa profunda y cautivadora, esta novela reflexiona sobre el estado de enamoramiento, considerado casi universalmente como algo positivo e incluso redentor a veces, tanto que parece justificar casi todas las cosas: las acciones nobles y desinteresadas, pero también los mayores desmanes y ruindades.

Los enamoramientos es también un libro sobre la impunidad y sobre la horrible fuerza de los hechos; sobre la inconveniencia de que los muertos pudieran volver, por mucho que se los haya llorado y que en apariencia nada se deseara tanto como su regreso, o al menos que siguieran vivos; también sobre la imposibilidad de saber nunca la verdad cabalmente, ni siquiera la de nuestro pensamiento, oscilante y variable siempre.